

motivos bastantes á justificar la paralización de las operaciones, porque con iguales, sino mayores, dificultades se encontraron los rusos, y además con la desventaja inmensa de haber sido vencidos en Mukden.

Ciertamente que la retirada de los rusos no recuerda por sus caracteres la célebre retirada ante los victoriosos ejércitos del gran Napoleón, pero la supera extraordinariamente en las bajas que el avance cuesta al vencedor. Si el Japón no obra más ejecutivamente, ni se decide á atacar á su enemigo en donde pueda herirle en lo vivo, y Oyama persiste en marchar al N., librando batalla tras batalla, y llegando á la Siberia, derrotando pero no destruyendo al ejército enemigo, no pisará los umbrales del territorio ruso sin haber fecundizado los desolados campos mandchurianos con la sangre de la juventud japonesa, y haber transformado aquellas estepas en inmensos cementerios donde hallará el reposo eterno todo el actual ejército nipón.

Como hemos dicho en otra ocasión, el fin de la guerra debe buscarse en Vladivostok y la provincia marítima; en la Mandchuria solo podrá encontrarse el fin del Japón.

Los ejércitos japoneses son seis; yendo de izquierda á derecha ó sea de O. á E. se encuentra en primer término el de Nogi, siguiendo luego el de Oku, y el de Nodzu que sirve de reserva á los otros dos. Estos tres ejércitos se extienden por las dos orillas del Liao, junto á la Mongolia, hasta un poco al E. del camino que desde Kai-yuan va á Itun, teniendo su núcleo principal cerca de Chan-tu-fu, junto á la vía férrea. Sigue luego el ejército de Kuroki, que se sabe opera en la región que hay al SO. de Kirin, y luego el de Kavamura, más al E., del cual hace tiempo no se tienen noticias y que se propone, al parecer, flanquear la posición de Kirin; pero como el terreno en que ha de moverse es muy quebrado y carece de buenos caminos, la marcha presenta grandes dificultades y entorpece el avance general de los demás ejércitos. Al N. de Corea, en dirección al Tumen y tomando como último objetivo Vladivostok, se encuentra el 6.º ejército ó de Corea, cuya fuerza y composición se desconocen, aunque algunos correspondientes le asignan un total de 100.000 hombres. Dependiente del general Hasegava, gobernador de Corea, y á las órdenes inmediatas, según se cree, del general Kawakama, las vanguardias de este ejército se han puesto en movimiento el día 14, haciendo replegar á los destacamentos rusos que se hallaban en observación en la parte N. de Corea. No es de esperar que el 6.º ejército amenace seriamente á Vladivostok antes de un mes, y para entonces habrán llegado al teatro de la guerra unos 40.000 rusos de refuerzo.

Imposible es señalar las posiciones ocupadas por los tres ejércitos rusos. Los periódicos

moscovitas dicen que la próxima batalla se librará un poco al S. de la línea Kirin—Chan-chun-fu, lugar que el general Linevitch ha escogido y hecho fortificar; no merece entero crédito esta noticia. Lo positivo es que las avanzadas rusas ocupan todo el terreno comprendido entre aquella línea y el frente japonés, hallándose en escalones de modo que puedan oponer una relativa resistencia al enemigo, conteniéndolo y desorganizándolo. La división de caballería Michtchenko ocupa el flanco derecho ruso, amenazando la izquierda japonesa.

La actividad desplegada por esta división, que no ha cesado de molestar al enemigo, infligiendo rudos golpes á los destacamentos avanzados, y la necesidad de ocupar una posición favorable al despliegue de grandes masas, indujeron á Oyama á emprender un avance, desalojando á Michtchenko. A esto obedeció la acción del 16 de Junio, cuya narración oficial japonesa ha sido objeto de un despacho bastante más extenso que el conjunto de todos los de la batalla de Mukden.

Una brigada de infantería japonesa, con dos baterías, apareció á las tres de la madrugada del día 16 frente á Liao-yang-wo-peng, siendo rechazada después de un corto tiroteo. A las ocho, un regimiento de infantería y cinco de caballería marcharon envolviendo la izquierda rusa, por lo cual el jefe del destacamento ordenó la evacuación del pueblo. Este fué ocupado por tropas japonesas compuestas de una división de infantería, 30 escuadrones de caballería y 4 baterías. El número de bajas en uno y otro bando fué insignificante.

Fuese este combate dirigido solamente contra Michtchenko ó constituyese solo la fase preliminar de la batalla general, la verdad es que aquel renombrado general ruso ha continuado, á partir del día 17, inquietando y molestando al enemigo. La división Michtchenko, que se componía de cuatro regimientos de cosacos y dos baterías, ha sido reforzada recientemente con otra división de caballería. Los japoneses, á su vez, han concentrado toda su caballería al O. de la vía férrea.

Es inminente la extensión de la guerra á la Mongolia, cuya neutralidad no ha sido respetada por rusos ni japoneses; pero no creemos que las operaciones decisivas se desenlacen en las inhospitalarias y desnudas llanuras de aquella provincia. En Kuroki y Kavamura hemos de buscar la clave de los acontecimientos futuros, tanto más si se confirma la noticia de que Oyama ha comenzado un avance general en escalones por la derecha, noticia que creemos prematura.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

23 Junio, 1905

Imp. CASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Los esfuerzos de la diplomacia en favor de la paz, por F. Larín.—Las derrotas de los rusos, por M. de Z.—Cómo murió Kondratenko.—¿Será Rusia derrotada en tierra? por el Capitán Subrio Escápula.—Un recuerdo de Togo.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Los generales Linevitch y Sarubaieff en las líneas del 4.º cuerpo

LOS ESFUERZOS DE LA DIPLOMACIA EN FAVOR DE LA PAZ

I.—La iniciativa del Presidente Roosevelt

Para nadie es un secreto la política internacional varonilmente seguida por el presidente Roosevelt, desde el día mismo en que sucedió en la Casa Blanca al presidente Mac Kinley. Situados los Estados Unidos en el nuevo continente, sin rivales ni vecinos temibles en América, y lejos y á cubierto de los ataques de las potencias europeas, se ha-

llan en magníficas condiciones para desarrollar la divisa de Roosevelt, complemento de la que sirvió de norma á sus antecesores. La mal llamada doctrina de Monroe, «América para los americanos», dió por resultado la expulsión de los españoles del golfo de Méjico, y más adelante acarreará la expulsión de Inglaterra, Francia y Holanda del territorio americano; y las leyes prohibitivas y la riqueza natural de la Unión han cerrado las puertas de los Estados Unidos á

los extranjeros y en cambio han abierto todos los mercados del mundo á los productos yankees; pero faltaba dar forma sensible á las aspiraciones nacionales y protegerlas con la garantía suprema de la fuerza, labor que desempeña á maravilla Roosevelt, verdadero Kaiser americano. No se pretende ya conservar América para los americanos, ó, mejor dicho, para los yankees, sino que se trata de que todo el mundo, material ó económicamente, sea para los Estados Unidos.

La fuerza expansiva de la Unión, como la de todo pueblo joven, laborioso y fuerte, es prodigiosa, y constituiría un gravísimo peligro para el resto del mundo si, providencialmente, los Estados Unidos no hubiesen llegado demasiado tarde al concierto de las naciones. Con todo, la ocupación de las Filipinas, las miras ambiciosas que tienen sobre China y Africa, amparadas por una escuadra que á la vuelta de algunos años competirá con la británica, son otros tantos motivos de inquietud para las demás naciones europeas, quienes poniendo toda su atención en el vecino, no advirtieron á tiempo los peligros que acarrearía el excesivo engrandecimiento de un pueblo que ocupa una situación privilegiada y sin igual.

Para tener derecho á participar en el reparto de las naciones destinadas fatalmente á ser desmembradas ó á perder su independencia, lo primero era tomar parte en el concierto internacional, haciéndose respetar y aun temer en él. Esta tarea ha sido hábilmente cumplida por Mr. Roosevelt, quien negando á los demás el derecho á entrometerse en los asuntos de la Unión, ha afirmado su propio derecho á intervenir en los asuntos ajenos.

La guerra ruso-japonesa ha ofrecido excelente ocasión para que el presidente coronara su política. Por mucho que se prolongara la guerra, era evidente para todos que si el Japón llevaba la mejor parte Rusia no se declararía vencida, porque en ningún caso quedarían en peligro sus vitales intereses, aquellos en los que se funda la existencia nacional; y así mismo era indudable que tampoco el Japón abriría negociaciones diplomáticas para la paz, anulando con esta iniciativa las ventajas conquistadas por sus ejércitos y escuadras. No puede llegarse á la paz sin la intervención de una tercera po-

tencia; pero ¿cuál se atrevería á dar un paso tan delicado, que sin reportarle ventaja alguna, le malquistara acaso con las demás y pudiera terminar en un ridículo fracaso?

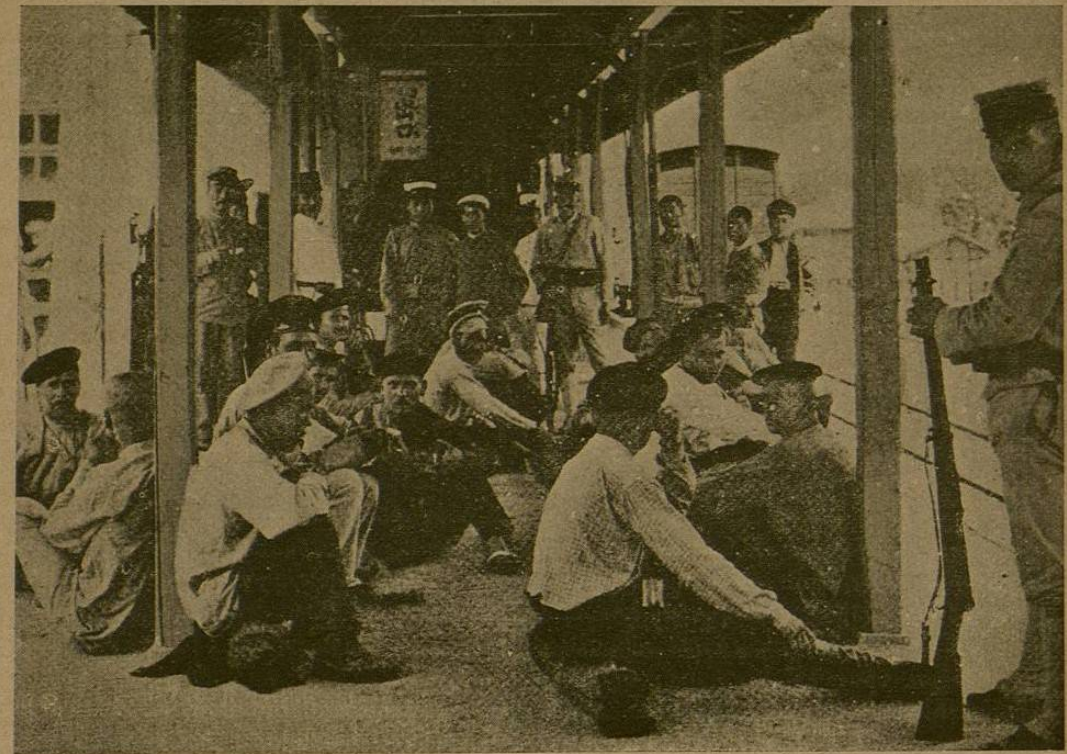
Aliada Inglaterra con el Japón y Francia con Rusia, ni una ni otra podían decorosamente mediar en la contienda, porque sus indicaciones no hubieran sido seguramente bien recibidas por una de las partes, y mucho menos después de los incidentes del Dogger y de Kamranh. Ni Austria, que mantiene apenas relaciones con el Japón, ni Italia, de poca influencia en el concierto universal y que ocupa una posición muy secundaria en el Extremo Oriente, estaban indicadas para iniciar relaciones amistosas entre los beligerantes. Y en cuanto á Alemania, la presente guerra le favorece desde todos los puntos de vista, y además sus simpatías á Rusia la han hecho sospechosa y poco simpática en el Japón. Los Estados Unidos, que primero se mostraron entusiastas de los nippones, templaron luego sus arrebatos, y después manifestaron ardiente cariño á Rusia; dieron libertad al crucero ruso internado en San Francisco; y si ordenaron el desarme de los cruceros que se refugiaron en Manila, no fué sino después de transcurridos tres días y obtenida previamente la aquiescencia del Czar. Mister Roosevelt ha celebrado continuamente conferencias con el embajador de Rusia y el ministro del Japón, demostrando la más viva admiración y cariño á una y otra potencia; reforzó la escuadra americana en Filipinas; y mantuvo en segunda línea á los embajadores yankees en las capitales europeas, llevando personalmente el presidente todas las gestiones, á fin de que en ellas se viera, antes que la política de un pueblo, el buen deseo del jefe de un Estado. Logrado este propósito, no restaba más que aguardar el momento oportuno para que las conversaciones privadas y las indicaciones oficiosas, tuvieran el carácter de negociaciones oficiales, y esta ocasión la suministró el desastre naval del mar del Japón. Obrando entonces Mr. Roosevelt francamente, según cuadra á su temperamento y educación, y sin embozo, ha puesto los Estados Unidos á la cabeza de las grandes potencias y ha abierto á su patria un vasto horizonte, llevándola por un camino que puede conducir á un engrandecimiento y á un poderío sin

precedentes, pero también abocado á una decadencia prematura y rápida.

El día 1.º de Junio Mr. Roosevelt conferenció con los embajadores de Alemania y Francia, cuyos gobiernos tenían ya noticia y habían aprobado en principio el plan del Presidente, y les expuso su propósito de abordar desde luego la cuestión de la paz. El embajador de Inglaterra, á quien se había consultado previamente, declaró el deseo explícitamente consignado de su gobierno de no intervenir directa, ni indirectamente

sin dar á conocer directa ni indirectamente las condiciones que en su día impondría el gobierno de Tokio, no recataba su parecer favorable al arreglo diplomático del conflicto armado.

En suma, el 1.º de Junio, el presidente contaba con la adhesión de Francia, Inglaterra, Austria é Italia; la conformidad menos explícita de Alemania, que no renunciaba á ejercer sus buenos oficios cuando lo creyese oportuno; la aceptación franca del Japón, y la actitud nebulosa y displicente



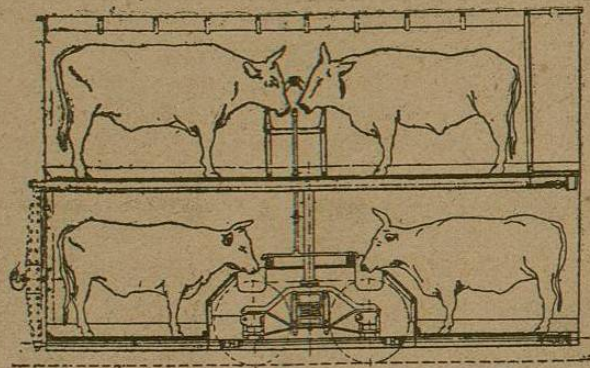
Prisioneros rusos, en una estación del Japón

en las negociaciones diplomáticas, pues su alianza con el Japón le impediría adherirse á los acuerdos internacionales que tal vez se adoptaran en perjuicio del Japón, y tampoco se creía en el caso de manifestar hostilidad á Rusia; de todos modos, el gabinete de Saint James vería con gusto el término de la guerra. Los representantes de las demás potencias neutrales aprobaron asimismo el paso que iba á dar Mr. Roosevelt. El conde Cassini, embajador de Rusia, había manifestado su opinión personal favorable á la continuación de la guerra, pero haciendo siempre la salvedad de que no conocía el propósito del Czar. Y el ministro del Japón,

de Rusia. La ocasión no estaba mal elegida, aunque hubiera sido más oportuno y demostrado mayor imparcialidad la intervención á raíz de la llegada de Rojdestvensky al mar de la China. Después de la victoria de Togo, la pujanza de las armas japonesas llegó á su punto culminante, y desapareció toda probabilidad de que Rusia alcanzara una victoria decisiva que pudiera comprometer la existencia nacional del Japón; pero Rusia conservaba un poderoso ejército en disposición de combatir, y la planta enemiga estaba aun muy lejos de pisar el territorio nacional, de suerte que el Czar podía aceptar una paz que no fuese humillante, y el Japón

obtener ventajas importantes á expensas de Corea y de China. Probable es que el presidente no se propusiera como fin principal el reconciliar á los dos beligerantes, sino el de robustecer el prestigio y la influencia de los Estados de la Unión; pero de todos modos hay que agradecerle sus humanitarios deseos.

Como quiera, el día 2 de Junio Mr. Roosevelt llamó al embajador de Rusia con quien conferenció extensamente; y el día 3 hizo lo mismo con el barón Takahira, ministro del Japón; previamente, el mismo día 3, el embajador de Alemania había visitado á sus colegas ruso y japonés. El día 5 hubo gran movimiento diplomático: el embajador de Inglaterra, el de Alemania y el de Francia visitaron al presidente, y además el de Alemania al del Japón.



Vagón del transiberiano, para el transporte de reses

El día 7 correspondió el turno de las gestiones diplomáticas á San Petersburgo; el Conde Lamsdorff recibió á los embajadores de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, y celebró luego una detenida entrevista con el Czar; consecuencia de ella fué un largo despacho que se recibió en Washington el día 8, y cuyo contenido, como el de todas las conferencias, se mantuvo secreto. El Presidente llamó al Ministro japonés y éste telegrafió á Tokio. Aunque los no iniciados en el misterio no supieran exactamente el objeto de tantas consultas y visitas, no cabía ya duda en que se trataba de la paz, y que las gestiones parecían desarrollarse en términos satisfactorios. La prensa americana apoyó vivamente las iniciativas de Mr. Roosevelt; la japonesa no ocultó su deseo de llegar á un acuerdo con el enemigo, mientras que la moscovita dió

muestras de grande excepticismo y, en general, se declaró partidaria de la guerra.

Finalmente comenzó á descorrerse el velo; en la tarde del 10 de Junio, el presidente hizo pública la nota que con fecha 8 dirigió á los gobiernos de Tokio y San Petersburgo, y que dice así:

«El Presidente opina que ha llegado el momento, en beneficio de la humanidad, de estudiar si es ó no posible poner término al terrible y lamentable conflicto actual. Los Estados Unidos están ligados por lazos de afecto y amistad con Rusia y Japón. El Presidente anhela la prosperidad y el bienestar de ambas potencias, y entiende que el progreso universal está paralizado por la guerra entre estas dos grandes naciones. Por consiguiente, invita á los gobiernos ruso y japonés, no solo en su propio nombre,

sino en interés de todo el mundo civilizado á abrir negociaciones directas para la paz.

»El Presidente apunta la idea de que estas negociaciones se conduzcan directa y exclusivamente entre los beligerantes; en otros términos, que se celebre una reunión de plenipotenciarios ó delegados rusos y japoneses, sin más intermediarios, para examinar si ambas potencias pueden llegar á conclusiones de concordia. El presidente ruega formalmente á los gobierno ruso y japonés, que acepten esta idea.

»Aunque el Presidente cree que no debe intervenir ningún intermediario en las negociaciones de paz, se ofrece desde luego á hacer cuanto esté á su alcance, si las dos potencias juzgan que sus servicios pueden ser de utilidad para la estipulación de los preliminares en orden al tiempo y lugar de la conferencia. Pero si estos preliminares

pueden ser acordados directamente por ambas potencias, ó por cualquier otro medio, el Presidente quedará satisfecho, porque su único propósito es provocar una conferencia de la que el mundo civilizado comprenda que puede resultar la paz.»

Antes de examinar el resultado de la iniciativa de Mr. Roosevelt, creemos oportuno hacer algunas consideraciones acerca de las negociaciones preliminares desarrolladas entre el Presidente y los embajadores de las grandes potencias. Oficialmente se desconoce el objeto preciso de tales entrevistas, pero es fácil adivinarlo teniendo

gabinete de San Petersburgo estaba dispuesto á oír las proposiciones japonesas, reservándose continuar las negociaciones diplomáticas conducentes á una paz inmediata ó interrumpirlas, según cuales fueran las exigencias de la otra parte. Esta actitud, aunque á nada comprometía, era más franca que la del Japón, cuyo representante inclinándose abiertamente en favor de una inteligencia con Rusia ocultaba hábilmente las condiciones esenciales que para la paz impondría el Mikado.

Resuelto el primer punto, ó sea el de una aproximación diplomática entre las dos po-



Una ambulancia rusa durante la batalla de Mukden

en cuenta la política internacional de las varias naciones y la actitud por ellas observada desde que el Presidente dió publicidad á su nota.

Para asegurar el éxito de sus gestiones, Mr. Roosevelt quiso conocer previamente la actitud de los dos gobiernos interesados y puso especial empeño en determinar las condiciones que, en principio, impondría el Japón. El embajador de este imperio alegó desde el primer momento su ignorancia en este particular, y apremiado por el jefe de la Unión dió á entender que su gobierno se mostraría transigente y procuraría llegar á un acuerdo con Rusia. El representante de esta potencia se limitó á decir que el

tencias, la cuestión más ardua y que suscitó más dificultades fué la relativa á la forma y manera de realizarla. Dos políticas, de tendencias opuestas, se pusieron frente á frente. Alemania, asistiendo á Rusia, procuró que el acuerdo preliminar fuese objeto de una acción internacional, en la que mediasen Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Alemania, y en tal sentido trabajó con empeño el representante del Kaiser. El Japón no dió una negativa rotunda, pero declinó la propuesta escudándose en la actitud de la Gran Bretaña. Inglaterra, en efecto, que en esta ocasión ha prestado un positivo servicio á su aliado, se negó á toda acción internacional, alegando que se

lo vedaba el tratado de alianza con el Japón, y desde el primer momento se apartó de toda gestión, hasta el punto de que el embajador de Inglaterra se ausentó de Washington después de la batalla de Tsu-shima, dejando en su lugar un encargado de negocios. El triunfo de la política alemana se hubiera traducido en una paz inmediata, pero hubiese despojado al Japón de gran parte de las ventajas que espera obtener, porque las potencias concertadas se habrían impuesto al Mikado, obligándole a moderar sus pretensiones. Escarmentado el Japón por lo acontecido después de la guerra con la China, claro es que en ningún caso se hubiera doblegado á la imposición de las potencias neutrales, pero una negativa rotunda al requerimiento colectivo de ellas le habría dejado en mal lugar y enajenado las simpatías de las demás. La actitud de Inglaterra dejó expedito el camino al Japón, y le permitió salvar todos los escollos.

Fracasado el primer objeto de la política alemana, el Kaiser se esforzó, de acuerdo con Mr. Roosevelt, en conocer el alcance de las condiciones japonesas; en este nuevo aspecto de la cuestión, el ministro japonés hizo gala de indiscutible habilidad, porque si bien reservó constantemente el punto á dilucidar, abogó calurosamente en favor de una inteligencia con Rusia y dió á comprender que su gobierno deseaba ponerse de acuerdo con el de San Petersburgo. Pero no pasó de aquí, ni añadió una palabra más. Llegadas las negociaciones á este estado, el emperador de Alemania ordenó á su embajador en Washington que se abstuviera de intervenir directamente en las sucesivas negociaciones, porque ya no cabía duda acerca de las intenciones del Japón, y no convenía que Alemania sufriera un segundo fracaso.

Reducido Mr. Roosevelt á sus propias fuerzas, el embajador del Japón no tuvo reparo en manifestar que su gobierno deseaba tratar exclusivamente con el ruso, negándose en absoluto á admitir ingerencias extrañas. Los frecuentes despachos enviados á San Petersburgo, y el movimiento diplomático que tenía lugar en esta capital, habían entre tanto predispuesto al Czar en favor de una solución pacífica, y el Presidente creyó llegado el caso de cortar el nudo, enviando á los dos gobiernos la nota

diplomática en que sugería como propia la idea impuesta por el Japón de que las negociaciones se llevasen á cabo por representantes de los dos pueblos beligerantes, sin que en ellas estuviesen representadas las demás potencias.

La previsora y astuta diplomacia japonesa venció, pues, en este periodo preliminar, á la indolente y torpe de los rusos, y á la abierta y varonil de Alemania; pero este resultado hubiera sido imposible sin la cooperación resuelta de la Gran Bretaña. Entendiéndose solamente con Rusia, el Japón aleja el peligro de perder los frutos de sus victorias, pero, al mismo tiempo, aleja también la paz, porque Rusia no siente entusiasmos pacíficos ni lleva prisa en que termine la guerra. El conflicto hubiera podido quedar zanjado rápidamente interviniendo las otras potencias, aunque los beneficios obtenidos por los japoneses no fuesen los que ansía el gobierno de Tokio, mientras que si Rusia y el Japón han de entenderse sin el auxilio ajeno, la guerra se prolongará hasta Dios sabe cuándo.

F. LARÍN

LAS DERROTAS DE LOS RUSOS

El desencanto experimentado por los que creían invulnerable el poderío militar de Rusia ha dado origen á multitud de estudios críticos, tratando de buscar en hechos de un orden puramente circunstancial la explicación de esas derrotas rusas que con desesperante monotonía han venido sucediéndose desde los comienzos de la guerra.

No es precisamente por defectos de organización y de preparación, ni por la inferioridad del soldado ruso ante el japonés que se ha perdido una batalla tras otra; existe en el fondo un mal de mayor arraigo y trascendencia que ha sido la causa decisiva de los fracasos militares que abruma en estos momentos al imperio de los czares.

Con la serena imparcialidad de un técnico que domina en absoluto su profesión y con la vehemencia de un patriota que no anhela más que la regeneración de su país, describe el capitán Krasnoff en un periódico militar de Rusia los momentos psicológicos de la batalla de Mukden y descubre así en toda su desnudez la causa primordial de los desastres moscovitas.

Traduciremos los párrafos más salientes de este brillantísimo artículo:

«Ningún día transcurría sin que arrebatáramos á los japoneses uno ó dos pueblos y les tomáramos algunas ametralladoras. En todas partes no se pensaba más que en el ataque, aunque los hospitales estaban llenos de heridos y los últimos transportados tenían que yacer sobre el duro suelo, y aunque las bajas en muertos eran muy considerables. Todo el mundo esperaba que al cabo de uno ó dos días el enemigo sucumbiría á sus fatigas y presenciáramos su fuga. Pero ni granadas y balas, ni muertos y heridos, ni la conquista de cañones y prisio-

los heridos; que si ahora se le batía, terminaría la guerra, serían licenciados los reservistas y acabarían de una vez las privaciones y miserias. Tenían confianza en sus oficiales y les obedecían ciegamente.

Pero en el cuartel general de Mukden ya se dudaba de la victoria. Entre los prisioneros había muchos cuyos números de las hombreras acusaban la presencia de nuevos regimientos. Se decía que el mariscal Oyama había recibido, durante la batalla, muchos refuerzos del Japón, y nuestra superioridad era, por lo tanto, una ilusión. Los japoneses desbordaban nuestros flancos y empujaban á estrechar en derredor nuestro un



Soldado ruso probándose el calzado de un soldado japonés muerto

neros bastan para decidir la victoria, sino los nervios. El que los tenga más resistentes; el que á la larga conserve la energía suficiente para soportar las fatigas y emociones de una batalla que sin interrupción dura diez días, aquel será el vencedor.

Nuestros oficiales comprenden muy bien que sólo con aguantar á pie firme serían rechazados los ataques de los japoneses, se prepararía el ataque propio, se produciría el acto decisivo de la campaña y después podrían regresar con honor á Rusia. Así permanecían gustosos á vanguardia, y muchos, muchos, cayeron muertos ó heridos en estas sangrientas jornadas.—Nuestros soldados sólo pensaban una cosa: que el enemigo era un perverso porque remataba

anillo de hierro. Ya se había pronunciado la fatídica palabra *Sedán* y circulaba la noticia de que nos retiraríamos á las posiciones de Tie-ling. Sólo la retirada debía salvar el ejército. Realmente salvó los hombres y caballos, los cañones y parques, pero mató el alma del ejército. Nadie quería ceder, todos creían en la victoria, todos sabían que una retirada equivalía á prolongar la guerra un año más.

Y esta guerra era para todos una carga pesada; sólo las tropas siberianas, esto es, una tercera parte del ejército, amaban la Mandchuria; las otras dos terceras partes odiaban este territorio regado con su sangre y ansiaban con impaciencia el regreso á la patria. Se envidiaba á los heridos; se